

perseguir el destello

Arantxa Romero

“Quien no puede asombrarse ni maravillarse, está muerto.
Sus ojos se han extinguido”
Albert Einstein, *Mi visión del mundo*.

Son extrañas las obras de Mikha-ez. Sí, a primera vista ante todo crean extrañeza, con esa sensación curiosa que punza en lo ajeno, en lo que está fuera y al tiempo, también con una extraña familiaridad, en eso que se echa en falta: “a ver...” Para comenzar, llaman la atención por la aparente artificiosidad de sus materiales, principalmente polimetilmetacrilato, vidrio y vinilo polimérico, que sin embargo están minuciosamente articulados para sostener algo tan delicado y sencillo como un destello. Por esto, más allá de preguntarnos si es un escultor, un pintor o alguien dedicado a la instalación, yo diría que lo esencial es comprender que Mikha-ez es artista en el sentido original del término: aquel que logra el buen ajuste, la idónea articulación entre las partes. Así articula él dichos materiales, elegidos quizás por ser densos y a la vez de apariencia volátil, para sostener la verdadera materia, siempre en fuga, con la que este creador trabaja: la luz.

Para localizar el primer rastro de esta estela luminosa, habría que remontarse a un momento en el que Mikha-ez como tal no existía y su alter ego apenas sabía hablar. Cuenta en una conversación con Cayetano Limorte que durante unas vacaciones descubrió fascinado unas lucecitas de colores que aparecían cuando cerraba con fuerza los ojos: eso que en el mundo adulto llaman fosfenos. Ese pretexto asombroso puede simbolizar perfectamente la puesta en marcha de una investigación artística, vital, que a mi modo de ver es ante todo seguimiento, meticulosa persecución, de esas sensaciones tan simples como maravillosas. Pareciera que por ello empezase hace unos años a probar con las texturas, dando unos primeros pasos informales para virar hacia la abstracción geométrica y finalmente afianzarse con una propuesta de gran madurez que merodeó entre las formas para quedarse con la esencial, el círculo, así como con su correlato cromático, la luz, el “no color” fundamental que posibilita todos los colores. De esta manera, su obra ha surgido de un proceso de decantación, que apunta a una estética más mínima que minimalista, cercana a conceptos sinojaponeses como lo vacío y lo lleno, por los que se interesó hace tiempo. Desde luego es mínimo su gesto, que se adelgaza hasta penetrar en las piezas para que estas hablen por sí mismas, estando cerca de la concepción deleuziana que considera la obra “el revelador que desaparece en lo que revela”, en este caso ese destello luminoso que siempre queda como remanente.

La luz, aquí y en todas partes, hace esencialmente espacio, pues no conviene olvidar que también es materia y en consecuencia construye, estructura el mundo. Por tanto, podría decirse que las piezas de Mikha-ez tienen una naturaleza eminentemente espacial que sobre todo indican, ponen un marco luminoso a esa zona, concebida como sensorial, para que volvamos a verla y apreciemos que el arte no necesita de artificios para ser mágico. Ahí queda ese destello que surge de ninguna parte, “en realidad” tan sólo un reflejo que se proyecta gracias a esa excelente articulación del vinilo monocromo

sobre el espacio. Piezas entonces o más bien indicadores, huellas que nos señalan que algo ha ocurrido o todavía ocurre, algo que apela a nuestros sentidos; acaso un umbral, una puerta, que según Bachelard es “un cosmos entreabierto”. Por consiguiente, estas obras no son “la obra” sino aquello que apuntan, su espaciamento, que se configura esencialmente en el juego entre llenos y vacíos, a través de una delicada tensión que afecta directamente a nuestro sensorium corporal, a nuestro lugar en el mundo.